

Sigue el diálogo:

—«Te burlas de mí, *buen hombre*,
Mas no hay lugar para *trisca*...

¿Para qué?... ¡Ah! vamos. Había que preparar un consonante á *Cinisca* y...

«Que mi única hija Cinisca
Ha mancillado mi nombre,
¡Ay! para perder el juicio
Ya sólo me falta un pelo...»

No. Yo creo que no le falta á usted ni un pelo siquiera.

«Y dulce licor biblino
Que salido del lagar
Creyeras, aunque á *ajustar*
Iba cuatro años el vino.»

Esto tampoco lo entiende ningún lector si no se le advierte que *ajustar* está puesto en lugar de *cumplir*, porque *cumplir* no concierde con *lagar*.

También tiene gracia la nota que pone el traductor al nombre del vino.

«¿Era este licor—dice—importado de la ciudad de Biblo en Tracia, ó bien el vino dulce hecho en Sicilia que se llamaba Polio ó Biblino? Adopte el lector la opinión que más le pluguiere.»

O ninguna. A mí lo que más me place es

no adoptar ninguna; mas para eso no era menester que usted se hubiera molestado.

En fin, el caso es que la chica

«Se puso más roja que *ostro*
Y encendida de manera
Que una pajueta pudiera
prenderse sobre su *rostro*.»

¡Claro! ¿Había que concertar con *rostro*?... Pues más roja que *ostro*, y el que no lo quiera así, que se fastidie...

Y continúa:

«Entonces (tú me conoces)...

Sí; ya le voy conociendo á usted.

«Entonces (tú me conoces)
Le asesté una bofetada
Y otra y otra...

¡Qué valiente!...—dirán los lectores.—Pero no tienen razón para decirlo, y se volverán atrás de lo dicho cuando sepan que esas bofetadas se han dado á una mujer, á Cinisca, y que si el señor obispo ha dicho *le* asesté, ha sido para darnos la castaña, y por cumplir un precepto necio de la Academia.

Y eso que no está claro del todo si las bofetadas fueron *asestadas* á Cinisca ó á un can-

tor llamado *Lariseo*; mas por el contexto parece que la beneficiada fué Cinisca.

«Entonces (tú me conoces)
Le asesté una bofetada
Y otra y otra, á la cuitada
En tanto diciendo á voces.
Pues que *te amarga la sopa*
Que padre y madre te dan,
¡Infame! de tu galán
Vete á beber en la copa.
Y vierte en hogar extraño
Esas lágrimas insanas
Semejantes á manzanas
En el peso y el tamaño.»

¡Hombre! Me parece que exagera usted un poco, señor obispo...

¡Lágrimas *insanas*, semejantes á manzanas...
Y no contento con esto, remacha el clavo todavía diciendo: *en el peso y el tamaño.*

¡Señor obispo, señor obispo!

Eso me recuerda aquello de Mariano Catalina, otro académico, en una comedia estrepitosamente silbada.

Hablaba de los harenes, y decía:

«Jaulas al-placer abiertas
Y al amor libre de enojos,
Donde hay moras con los ojos
Tan grandes como las puertas...»

Algo menos serán—dijo el público entre sonoras carcajadas.

Pero también

«Esas lágrimas *insanas*
Semejantes á manzanas
En el peso y el tamaño»

serán un poco menos.

Ahora verán ustedes lo que, después de recibir las bofetadas, hizo la chica:

«Y como la golondrina
Emprende *súbita* el vuelo
Y alimento á su polluelo
Busca en región *peregrina...*»

La comparación no puede ser menos adecuada, porque Cinisca no va á buscar el alimento para sus hijos, que no tiene, sino la satisfacción de sus pasiones.

«Así del blando sillón
Ella levantóse *rauda*,
Recogiéndose *la cauda*
De la *túnica* y *mantón...*»

Eso es inverosímil, señor obispo.

Una muchacha á quien su padre acaba de dar para peras, y que, decidida á tomar las de Villadiego, se levanta *rauda*, no se entretiene en recoger *la cauda*, como usted dice, sea del mantón, sea de la túnica.

Que en esto de la indumentaria no anda usted tampoco muy fuerte, según se deduce de esta nota que pone usted al idilio XV.

«Discuten mucho los críticos sobre si Praxinoe fué á la fiesta con sombrero ó con la cabeza descubierta (¡vaya una cuestión interesante!) y resguardada sólo por el quitasol, pues ambos significa (¡vaya una sintaxis!) la palabra θόλα y ambos usaban los griegos. Yo me inclino á lo primero (ó á lo segundo, como usted quiera)... Viene luego el vestido sin mangas sujetado por un hermoso broche, llamado primero (no crean ustedes que es el broche, es el vestido) περονηρικ, y más abajo εμπερωνημα, y que yo traduje una vez mantón y otra jubón, deseoso de acertar una siquiera...»

La pretensión ciertamente no era exagerada.

Pero, mire usted, es posible que ni eso haya usted conseguido; porque se dan casos.

Una vez un moscayón asturiano, de Margolles, que trabajaba de aprendiz de cantero en Pedrosa, fué de ojeador á una cacería.

Después de andar un rato por el monte vió correr un bicho, para él desconocido, y empezó á vocear al cazador que estaba en el collado más cercano.

—¡Xuaquiiin! ¡Xuaquiiin! ¡Arriba va una llebre!...

No estando muy seguro de que fuera llebre, y no queriendo engañar al cazador, añadió en seguida:

—¡O un llobu!... Yo ñon sé si é llebre si é llobu!...

¿Y creerá usted que era alguna de las dos cosas?

Pues, no señor.

El pobre moscayo, advertido por un pastor que estaba allí cerca, tuvo que vocear otra vez todavía diciendo:

—¡El rapazón del vaqueru dice que é corzu!...

Lo mismo le puede pasar á usted con esa prenda griega.

Ha dicho usted primero que era un mantón. Después ha dicho usted que era un jubón, añadiendo que no sabía usted si era liebre ó lobo, es decir, mantón ó jubón, que allá vienen á ser de parecidos como el lobo y la liebre. Y todavía no está usted exento de tener que rectificar diciendo que era una basquiña.

Siga usted:

«Y pasaron veinte días,
Y luego ocho y diez y nueve.»

¡Hombre! Primero pasarían los nueve que los diez, me figuro.

Verdad es que comienza usted diciendo que pasaron veinte, pero ese plazo de los veinte sería otro plazo.

O confundiría usted al traducir el veinte con siete.

Mas puesto ya en el segundo plazo, si es que es segundo, lo natural es que primero pasarán ocho días y después nueve y después diez, y no ocho y después diez y después nueve.

Porque no vale decir que éstos sean otros tantos plazos distintos, de ocho, de diez y de nueve días, no. Este es un solo plazo de once días, como se deduce del verso siguiente, que dice:

«Y once con hoy.....»

Explicuemos el misterio de que diez días pasen en la cuenta de usted primero que nueve.

«Y pasaron veinte (P) días,
Y luego ocho y diez y nueve,
Y once con hoy, y la aleve.....»

¡Ahí está!

Teniendo que preparar consonante á la aleve, ¿qué remedio había más que dejar el nueve para después del diez y rematar con él el segundo verso?

«Y once con hoy, y la aleve
Aún está en sus correrías.»

¡Y para esto tuvo usted que alterar el orden de los números!

La traducción del idilio XV, *Las siracusanas*, también tiene golpes muy buenos.

Dice una á otra:

«Larga es la calle y vives muy abajo.»

Y contesta la otra á la una:

«¿Qué quieres? Condenóme á estas alturas.....»

Hombre, no. Será á estas bajuras.
Una siracusana llama á su criada y la dice:

«Trae la jarra y el lebrillo;
Llévalo á la mitad.....»

¡Diantre! ¿Llenarle á la mitad?

Esto se parece á lo del general suizo... un general que andaba de mirón en el Norte, en la última guerra civil, y temiendo que su yegua coceara á un oficial que iba á darle un recado, le decia:

—Acérquese usted un poquito más *lecos*, que este caballo es yegua y tira *colpes de pie*.....

Acérquese usted un poquito más *lejos*... Llévalo á la mitad.....

Viene á ser lo mismo.

«Llévalo á la mitad... ¡Oh cuán molesta!.....
Déjalo ahí otra vez... *El lecho blando*
Agrada hasta á las gatas... Ea, apresta...»

¿Que qué tienen que hacer aquí las gatas?
No lo sé.

Ni el señor obispo tampoco.

Y eso que pone ahí una nota; pero no dice

en ella sino que esa *question* ha dado mucho que hacer á los intérpretes.....

La verdad es que la cosa merece que los intérpretes se calienten los cascos.....

Otra nota curiosa pone el señor obispo á otro pasaje oscuro:

«Expresarlo — dice — palabra por palabra no podía, á no ser que me resignara á no ser entendido.»

¡Ah! ¿No estaba usted ya resignado? Pues ¡á buen tiempo! Si eso de no ser usted entendido es el pan de usted de cada día.

O el pan de sus lectores.

Van las siracusanas por la calle sufriendo empujones de la muchedumbre y expuestas á que las atropelle un caballo, y dice una:

«¡Qué furioso corcel! ¡Cuál acomete,
Cuál se levanta! Tengo inmenso gusto
De haber dejado al niño en mi *retrete*.....»

¡Pobre criatura!

POSDATA. No quiero pasar á otro asunto sin hacer algunas súplicas al señor Montes de Oca, que, según acabo de saber, ya no es obispo de Linares, sino de San Luis de Potosí, á pesar de lo cual siguen distando mucho de valer un potosí sus versos.

Lo primero que le suplico es que no diga: «*todo saben las viejas*», ni «*todo visita minucioso Augias*», ni «*sé todo y diré todo con franqueza*»; porque, con franqueza sea dicho, eso de *saber todo, visitar todo y decir todo*, es un galicismo muy feo.

Lo segundo es que no vuelva á llamar á Júpiter *Padre Santo*, porque no se llama así más que al de Roma.

Item le suplico que no llame á Minerva *la diosa del ojo azul*, no vaya á creerse por ahí que no tiene esa diosa más que un ojo; pero lo mejor es que no la llame ni así ni de ninguna otra manera.

Item más le suplico que no hable de la rucaca, porque no sabe lo que es, y evidentemente la confunde con el huso cuando dice:

«Y al verte en su blanca mano
Girar con vuelo ligero.»

Y por último le suplico, pero muy encarecidamente, que no vuelva á escribir versos en su vida y queme todos los que ha escrito hasta ahora.

Sí, señor obispo del Potosí; por el amor de Dios, eche usted á la lumbre el libro de los *Bucólicos griegos* y el otro de los *Ocios*; bien persuadido de que, sin perder nada en ello la literatura, ganará mucho la Religión, y no lo desmerecerá su propia conciencia.

Comprendo que le sea á usted doloroso, pero Dios bien merece ese sacrificio.

Y si Abram tuvo el brazo levantado para sacrificar á Isaac, que era un hijo tan bueno y digno de ser amado, ¿por qué no ha de tener usted el mismo valor tratándose de unos hijos tan feos y tan ruines?

Ea, señor obispo, un poco de ánimo, y... á la lumbre con todos esos papeles!

Bien sabe usted que de los que se hacen violencia es el reino de los cielos.

Violenti rapiunt illud. (1)

(1) Math., XI, 12.

IV.

¡Mondadientes de níquel para la dentadura, con cuatro usos, diez céntimos!

Así pregonan todos estos días en la acera del Ministerio de la Gobernación un galapán, que todavía, según van las cosas, si le ayuda un poco la suerte, podrá llegar á ser el jefe de la casa, ó cuando menos á pasearse en coche con coronas de marqués por la curva grande del Retiro.

¡Mondadientes de níquel para la dentadura, con cuatro usos, diez céntimos!

Hay que convenir en que la mercancía no es cara.

Porque realmente el vendedor, mediante el pago de los diez céntimos, da un chisme que por un extremo es un mondadientes *para la dentadura*, como él tiene cuidado de advertir, por el otro una cucharilla para limpiar la cera de los oídos, ésta misma cucharilla con otra pieza que va articulada forma unas pinzas para sacar breznas, y todavía lleva en el me-